

# LA CIUDAD Y LA LITERATURA COSTARRICENSE<sup>1</sup>

Margarita Rojas G.

---

Describir las ciudades de este país no ha sido una de las preocupaciones principales de las letras nacionales. Y esto es natural porque no es responsabilidad de la literatura imitar el espacio real: no es Geografía ni Sociología urbana. Como los demás lenguajes artísticos y toda manifestación cultural, la literatura inventa y propone espacios y personajes con quienes el lector puede --o no-- identificarse e imaginarse a sí mismo y, con sus aventuras, entender sus propias circunstancias.

Aun así, la ciudad surge a lo largo de las páginas de muchas obras, a veces de manera detallada --calles, teatros y negocios conocidos por todos--, a veces como un gran todo que amenaza la tranquilidad del individuo. Entonces, aunque no haya sido protagonista de una obra o el contexto ante el que el individuo se planteara las grandes preguntas sobre su identidad, su pasado y su presente, la ciudad aparece como el espacio por donde han transitado, amargos o felices, los pasos de múltiples personajes literarios. Y así como el costarricense se ha identificado con ellos -- todos nosotros nos hemos sentido un poco como ellos, habitantes de esta nación--, así también los lugares donde han transcurrido sus existencias han constituido lentamente el espacio nacional, es decir, lo que nos imaginamos que es Costa Rica.

En ese movimiento incesante entre la realidad y la ficción, entre la vida y la fantasía, Heredia, Cartago y San José fueron emergiendo lentamente desde las primeras páginas de nuestra literatura a mediados del siglo pasado. A lo largo de un poco más de un siglo, varios fueron los papeles que le tocó representar al espacio urbano: el de la vecina pervertidora cuando se le enfrentó al virtuoso espacio rural; receptáculo del tiempo y contexto de la casa familiar que simboliza la nación; dimensión anónima que aloja el abandono de los nuevos héroes solitarios de la narrativa contemporánea.

Puntarenas, Limón y Heredia pero sobre todo las viejas calles del centro josefino, son los escenarios favoritos del mapa que recorren los personajes andariegos de Manuel Argüello Mora. Sus caminatas los llevan por la Cuesta de Moras, la calle de la Merced el río Torres, la calle del Comercio, la calle del Chapuquí y la calle del Seminario. Un personaje se mueve del Hotel Español al Hotel Francés, otro está en uno de los cuartos del Cuartel de Artillería, y el Hotel Aguilar de Cartago hospeda a los excursionistas que llegan desde San José en tren en una excursión al Irazú. Para este escritor fundador, San José es una ciudad linda y ordenada, cuyas salones y fiestas se atreve a comparar con los de Roma y París.

Muy pronto el mismo Argüello se convierte en personaje de los relatos de Magón. Se recuerda al dueño del Bazar Atlántico con la misma tristeza que se retrocede desde el presente de fin de siglo hacia el pasado de treinta años antes y se recuerda el centro histórico que ya no existe:

Todavía en febrero de 1910 allí estaba, tal cual fue en 1871, el local que contenía todas las maravillas del Bazar Atlántico, de don Manuel Argüello Mora, a cincuenta varas al norte de la esquina noroeste de la Plaza Principal, hoy Parque Central (...) Hoy el Bazar Atlántico es la humilde venta de muebles y cachivaches de Borrás y las estrechas ventas de vidrios pequeñitos han sido cambiadas por ancho ventanón de un solo vidrio, tras del cual ostentan

---

<sup>1</sup> Publicado en el suplemento *Ancora, La nacion* (San José) 27 setiembre 1998, 1-2.

sus ajados atractivos las mercancías expuestas del viandante.

Como sucede en los cuentos de sus contemporáneos --Manuel de Jesús Jiménez, Carlos Gagini, Ricardo Fernández Guardia--, en esas nostálgicas: páginas la ciudad se ha vuelto el escenario de la infancia de sus narradores, que miran con tristeza las calles y las plazas de una ciudad desaparecida.

Así se inicia la transformación de la ciudad al iniciar el siglo XX. Frente al nostálgico idilio que encierra el campo, el espacio urbano es la sede del vicio y la degradación, ámbito que propicia la pérdida de los verdaderos valores que deberían regir la sociedad. En *Las hijas del campo* de Joaquín García Monge, por ejemplo, es el lugar de la violencia y la corrupción para las campesinas Piedad y Casilda, provenientes de un entorno natal que, por el contrario, guarda sus poderes milagrosos y curativos y conserva los valores patriarcales.

Heredia se llena de Historia en los cuadros y relatos de Luis Dobles Segreda. Sus páginas lamentan la pérdida de la Heredia del pasado, cuna de los valores auténticos; como el río Pirro que fluía incontaminado por los campos heredianos, el pasado garantizaba la continuidad: "Naciste en el riñón de la montaña con ansias de ser puro y ser ángel y es la ciudad la que te empuerca y te hace diablo". Pero entonces la ciudad se ha vuelto sinónimo de lo prosaico de la modernidad y está ultrajada por los automóviles, el ruido y la electricidad.

Diversas casas ciudadinas habitan los huérfanos de la novela de Carmen Lyra *En una silla de ruedas*; sus travesías superan el perímetro urbano. La ciudad no se opone al campo y se integra dentro de un mapa más amplio, que se extiende fuera de los límites nacionales. En San José y en Lima se hallan la casa familiar, el hospicio y la nueva casa donde finalmente los jóvenes constituyen el nuevo hogar; todos son lugares llenos de valores positivos porque se relacionan con la madre y la familia.

Fuera de las ciudades deambulan los personajes de las obras de Max Jiménez, José Marín Cañas y Carlos Salazar Herrera. El espacio dominante en sus textos son los campos alejados del Valle Central, otros países centroamericanos o, incluso, las llanuras y las selvas sudamericanas. La ciudad reaparece en *A ras del suelo* de Luisa González, cuya protagonista, con su familia, se mueve a través de los barrios josefinos y heredianos. "En el barrio de La Puebla, situado en las vecindades de la escuela Porfirio Brenes (...) el barrio más pobre, más sucio, escandaloso y relajado de la capital" viven los nuevos habitantes de la ciudad literaria: los artesanos, las mujeres trabajadoras, las prostitutas, los niños, a los cuales se unen los personajes propios del mundo de la educación: los profesores y los estudiantes de la Escuela Normal Superior, las maestras de la Escuela Maternal. Porque la casa de la maestra se puebla con planchas y libros, de la misma forma que su barrio contenía prostíbulos pero también negocios con rótulos de nombres "llamativos y misteriosos", de "europeos que grabaron en aquellos nombres pintorescos, sus recuerdos y nostalgias".

Por zonas alejadas del Valle Central transitan la mayoría de los héroes de las novelas de Carlos Luis Fallas, Joaquín Gutiérrez, Adolfo Herrera García y Fabián Dobles. En algunas de ellas, sin embargo, la urbe reaparece en contraposición con el ámbito rural. En *El sitio de las abras* de Fabián Dobles la ciudad tiene un doble signo: rompe la armonía anhelada --la solución de la injusticia social-- y, al mismo tiempo, es el único lugar de donde podrá provenir la organización y el conocimiento que puedan restaurarla. Al mismo tiempo, el espacio campesino sigue siendo albergando los valores positivos de lo natural, el pasado, la sencillez y la salud.

Como en *Mamita Yunai* y *Manglar*, en Juan Varela, de Adolfo Herrera García, la ciudad representa el espacio donde se adquiere la conciencia política, allí están el futuro y la posibilidad de conocimiento y cambio. En la novela de Fallas es el ámbito para completar el proceso de iniciación

del protagonista; en la de Joaquín Gutiérrez, de San José parte la protagonista hacia Guanacaste, en un viaje que, al tiempo que corresponde a un proceso de crecimiento interior, permite construir una imagen no idealizada de lo rural. Tanto en la novela de Fallas como en la de Gutiérrez, en la ciudad concluye la laboriosa jornada, el camino de las pruebas, iniciado en el campo.

No transcurrirán muchos años para que el espacio urbano vuelva a cambiar de signo: en la narrativa de Carmen Naranjo, Samuel Rovinski, Daniel Gallegos y Alberto Cañas, desaparece el campo pero también el pueblo y el barrio, que formaban una comunidad de conocidos; en su lugar, el anonimato de la gran ciudad amenaza las casas y las oficinas públicas donde se refugian los ciudadanos aprisionados. El avance de la urbe amenaza la vieja casa familiar de la obra teatral de Alberto Cañas *Ni mi casa es ya mi casa*; con nostalgia se mira su demolición, símbolo de la época pasada y de sus valores morales frente al avance inevitable de la modernidad. En la narrativa de Carmen Naranjo la ciudad se configura como el espacio de la soledad individual. El aislamiento, la impotencia, la sensación de encerramiento y angustia son los sentimientos que dominan a los burócratas en *Memorias de un hombre palabra*. Se convierte en un espacio en crisis, propio de la clase media, en *Diario de una multitud*. En estas novelas, el espacio urbano representa la imposibilidad de escape del individuo y el grupo social ante una situación sociopolítica que ya no se puede transformar.

La pérdida de antiguos espacios urbanos y la imposibilidad de entender y solucionar los problemas políticos contemporáneos también dominan algunos cuentos y obras teatrales de Samuel Rovinski. En *Las fisgonas de Paso Ancho* y en *Gulliver dormido* la ciudad se identifica sobre todo por los moradores de dos sectores propios de la capital. Uno es un barrio popular, habitado por las vecinas curiosas, los policías, los bomberos, los locutores de radio; en la segunda, se trata de La Sabana, en la que se congregan los intelectuales, los políticos conservadores, los comunistas, los terroristas y el lumpen. Todos se concentran allí, como representantes de la nación, con el fin de entender la presencia de una misteriosa aparición. San José vuelve a aparecer en los sectores aledaños a La Sabana y sus espacios conocidos en la pieza teatral *La víspera del sábado* y el cuento «El miedo a los telegramas»: el viejo aeropuerto de La Sabana, el tranvía, el barrio de los judíos, las rotativas de La Prensa Libre. Resultado del crecimiento, la ciudad sufre un proceso semejante al que experimentan padre e hijo: así como se abandonan los antiguos medios de transporte, se pierden los espacios acogedores que antes cobijaron la infancia.

Una visión tal vez más extrema de la ciudad se presenta en las novelas de Fernando Contreras, *Única mirando al mar* y *Los Peor*, en las cuales la ciudad moderna se concentra básicamente en dos espacios marginales, un basurero y un prostíbulo. Sin embargo, allí viven los seres buenos de la sociedad, los únicos que conservan valores humanos como la solidaridad, la familia, el amor. Si bien se propone como una crítica de la nación del presente, la visión que domina sobre todo la segunda novela retorna al esquema de oposición entre el pasado y el presente, con una evidente predilección por el tiempo anterior. San José, entonces, se divide en dos ciudades: una, la actual, fría e inhumana, de cemento y estacionamientos; la de hace sesenta años, con lindas iglesias bien pintadas y bares ordenados y limpios. Los valores positivos se relacionan con el pasado mientras que los negativos tienen su causa en la modernidad: esta se opone a lo natural y se representa, por ejemplo, en los automóviles, una "raza molesta de animales maleficometálicos con exarcebada capacidad para producir ruido y además, con ese aliento fétido que los distanciaba del hálito de la naturaleza"); lo nuevo se opone a lo viejo (La Perla, un bar "ordenado y limpio, a la antigua", la "linda iglesia de antaño", a diferencia de las de ahora, pintadas con "colores pastel como de torta de quinceañera con los que venían arruinando las iglesias del país"); las teorías modernas a la medicina natural y la educación antigua; el "ambiente metálico"

del tocadiscos a lo soleado y cálido del conjunto de calipso.

Otra ciudad hospeda a los personajes noctámbulos de los relatos de Carlos Cortés y Rodrigo Soto. En el cuento del primero titulado «La breve guerra civil del camarada Mora», se trata de Nueva York, la gran ciudad que, por su vastedad, permite la posibilidad del anonimato a las aventuras de los amigos. Y aunque a veces les parezca extraña, no resulta una amenaza: "Caminamos un rato en silencio, dejándonos absorber por una ciudad hecha a escala de los gigantes y en la que, sin embargo, uno podía perderse sin riesgo de ser aplastado por la perspectiva". Porque el vagar de los amigos por la gran urbe significa para el protagonista liberarse, al menos momentáneamente, del deber que lo une al espacio nacional.

Si ya se han borrado las marcas de una identidad local o nacional y han desaparecido los límites entre campo y ciudad, esta se convierte en el espacio de una extensión inabarcable, que engloba lo exterior y lo interior del individuo. Tal es la percepción que se puede deducir de algunos relatos de Rodrigo Soto. En la novela *La estrategia de la araña*, por ejemplo, se construye una compleja relación entre el deambular por la urbe y la búsqueda del sentido de la vida: "en el momento en que el hombre la tomaba para llamar, la ciudad entera desaparecía para esbozarse de nuevo en el horizonte, lejana y borrosa, impenetrable y obsesiva. Entonces el hombre volvía a tomar el rumbo de la ciudad y el ciclo se repetía sin que el tipo jamás llegara a comprender que toda la ciudad era un fantasma, una ilusión construida con golpes de necesidad y desconsuelo". En "Sólo hablamos de la lluvia" La Habana se ofrece como un conglomerado de espacios inhóspitos que se repiten a sí mismos. El individuo no halla refugio y en su constante errabundez se encuentra siempre expuesto a la violencia.

Lugar de tránsito y, al mismo tiempo, meta del deambular, en la literatura moderna la ciudad ofrece cada vez menos protección. Caótica, la ciudad postmoderna no permite el arraigo en ninguno de sus espacios. Es como una página infinita, en la que giran los personajes huérfanos en su perpetuo peregrinaje sin la perspectiva de un futuro espacio más acogedor.